

Hobsbawm, Eric. *Una vida en el siglo XX*. Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta / Crítica, 2003. 409 págs.

### De la mano de Hobsbawm por el siglo XX

El pasado es otro país, pero ha dejado su huella indeleble en los que una vez vivieron en él.

Eric Hobsbawm

#### Años Interesantes

Cuando se está ante el libro cerrado y aún por leer de las memorias de Hobsbawm no se puede negar que la expectativa es grande. En buena parte de América Latina se le cataloga como uno de los más prolíficos e influyentes historiadores del siglo XX, pues se reconoce que con su intento por comprender y explicar los procesos económicos, políticos y sociales ocurridos durante los siglos XVIII y XIX en Occidente proyectó un haz de luz que ha permitido una mayor y mejor comprensión del pasado. El lector de las obras de Hobsbawm siente curiosidad por conocer sus memorias porque guarda la esperanza de apreciar de cerca no sólo una experiencia individual, sino que espera encontrar, además, algunas pistas que le permitan una mejor comprensión del complejo, terrible, caótico e interesante siglo XX.

En varias ocasiones a lo largo de su libro, Hobsbawm dice en voz alta que no logra evocar los sentimientos, las sensaciones o los pensamientos vividos treinta o cuarenta años atrás. Como historiador, comprende más que nadie en qué consiste la fragilidad de la memoria, y sin embargo continúa adelante con el ejercicio de recordar.

Apoyado en cartas, conversaciones, fotografías, periódicos y viejas melodías, una y otra vez viaja al pasado. Los recuerdos

tienen el inconveniente de que son retazos de una época vivida, escombros que sobreviven a una sucesión de tiempos. A la revolución de Octubre, tan querida por este historiador, le cayeron encima la Segunda Guerra Mundial, el estalinismo, la Guerra Fría, la consolidación de los Estados Unidos de América como potencia económica y política, etc. Esa sucesión vertiginosa e impredecible de hechos y de décadas fue opacando en la memoria individual y colectiva el brillo de ese acontecimiento tan significativo en la vida de Hobsbawm.

A sus ochenta y cinco años —tenía esa edad en abril de 2002 cuando escribía sus memorias—, Hobsbawm se considera a sí mismo un intelectual que no ha dejado de ser marxista, a pesar del fracaso estruendoso de la experiencia soviética, y de las duras impresiones que dejaron en el mundo las políticas de Stalin. Recuerda con *indulgencia y ternura* la Revolución de Octubre, pero hace

referencia a que su desencanto hacia la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) comenzó después del XX Congreso del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), en 1956. En algunos momentos

interviene como historiador en sus propias memorias, para hacer las preguntas claves con respecto a su propia vida o para indagar acerca del significado de acontecimientos ocurridos, interrogantes parecidas a las que los futuros historiadores del siglo XX deberán hacerse: *¿qué*

*significado exacto podía tener en la década del veinte ser judío para un muchacho anglovienés inteligente, que no había sufrido el antisemitismo y estaba tan alejado de las prácticas y creencias del judaísmo tradicional, y que hasta la pubertad no fue consciente de haber sido circuncidado? ¿qué significaba ser comunista en la década del treinta en Europa e Inglaterra?* Es consciente de que su vivencia del comunismo estuvo mediada por su condición de judío, perteneciente a una familia de clase media, y por la circunstancia



de haber vivido en el centro de Europa en los años de ascenso del nacional socialismo. El autor de *Rebeldes Primitivos* estaba en Berlín cuando Hitler subió al poder.

Refiriéndose al hecho de que no abandonó el Partido Comunista Británico después de la crisis de 1956, dice con cierto orgullo que si bien una buena parte de los comunistas europeos dejó de serlo después del XX Congreso del PCUS, él continuó firme, entre otras razones, porque no consideraba ético abandonar de manera repentina sus viejas convicciones, sus viejos sueños, para pasarse sin mayor explicación al bando de los que llamó satanizadores. El abandono repentino de las propias convicciones sería para Hobsbawm la actitud característica de quienes pertenecen a una secta. Ser comunista en la década del treinta en Europa, dice este historiador, significaba creer en la posibilidad de la revolución mundial y hacer parte de la corriente de pensamiento que se opuso al nacional socialismo.

Durante los primeros dieciocho años de su existencia, condicionados en gran parte por el estilo de vida itinerante de su familia, Hobsbawm debió hacer parte de diferentes culturas y exponerse a paisajes diversos, antes de empezar sus estudios universitarios en Cambridge. Este tipo de experiencias fue decisivo para definir su manera de enfrentar la vida. Ser comunista pero no ortodoxo, ser judío pero no ortodoxo, hacer parte de diferentes grupos y comunidades sin entregarse del todo a ninguno. Tal vez, por ello recomienda en el epílogo de sus memorias a los jóvenes que aspiran a ser historiadores, vivir en sus comunidades pero, al mismo tiempo, tomar distancia de ellas. Los dos pecados capitales de los historiadores, señala Hobsbawm, son el anacronismo y el provincianismo, y ellos se producen por encerrarse en una sola cultura y por negarse la posibilidad de apreciar el mundo exterior pasado y presente.

Cuenta Hobsbawm que tuvo conciencia de querer convertirse en historiador a los dieciséis años. Si bien su formación como investigador del pasado había empezado con sus experiencias de vida en Viena y Berlín, es en 1936 cuando comienza de manera formal en Cambridge. Destaca la importancia que tuvieron las clases de literatura en la formación de los historiadores marxistas británicos. En esa etapa de su vida, y gracias a sus

lecturas, estaba profundamente interesado en pensar la relación existente entre escritor y sociedad; pretendía establecer hasta qué punto la sociedad condicionaba la obra de un autor. No le llamaban la atención los análisis macroeconómicos del marxismo, ni estudiar la sucesión de los modos de producción. Su sensibilidad social, su visión cosmopolita, su talento para la escritura, y su gran capacidad para el análisis y para la síntesis lo llevaron a escoger temas de estudio poco convencionales.

Como historiador no se ha limitado a observar la realidad nacional inglesa, tal vez porque su conocimiento directo de otras culturas lo ha empujado a plantearse los problemas a una escala más amplia. Critica Hobsbawm el hecho de que los estudios históricos han estado demasiado condicionados por límites institucionales y lingüísticos y apegados a la estructura de los Estados nacionales. En su opinión, los historiadores se han equivocado en el hecho de que se han dedicado a escribir para sus colegas olvidando al amplio público.

Si bien en sus memorias dedica pocas líneas a su participación como soldado en la Segunda Guerra Mundial, no cabe duda de que tal vivencia debió conmover profundamente su visión de la vida. Alistarse en 1940 en el ejército británico, a la edad de veintidós años, y permanecer en él hasta los veintiocho, en un período crucial para la formación de un joven, debió ser un hecho bastante significativo. Hobsbawm se refiere a ese tiempo como *los*

años menos satisfactorios de mi existencia. No tuve una buena guerra, ni una mala guerra, sino una guerra vacía. Refiriéndose a las dos guerras mundiales, señala, que algunos acontecimientos sociales pueden ser tan devastadores y destructores como los terremotos.



La sensibilidad social de Hobsbawm no sólo se aprecia en sus ideas políticas, o en el tipo de temas de estudio de sus investigaciones. Haber permanecido durante toda su carrera como profesor en una institución como el Birkbeck College de la Universidad de Londres, constituye un testimonio de su deseo de contribuir a la transformación de la sociedad. El Birkbeck College es una institución universitaria nocturna a la que acuden personas que trabajan en el día. Hobsbawm señala que fue interesante ser profesor de alumnos que debían esforzarse tanto para realizar sus estudios. Una prueba más de la apertura de pensamiento de este historiador es la tarea que emprende en 1952 al lado de algunos colegas marxistas británicos, cuando concibe la idea de crear una publicación de carácter amplio, en la que pudiesen ser difundidos los escritos de los historiadores, sin que importara su filiación política. En 1952, momento crucial de la Guerra Fría, sale a la luz pública *Past & Present*, revista que en el día de hoy todavía constituye un órgano vital para el desarrollo de la historiografía británica.

En la década del rock, el movimiento estudiantil y los pantalones vaqueros, Hobsbawm empieza a ser reconocido como historiador y como escritor fuera de Inglaterra. En 1959, publica su primer libro, *Rebeldes Primitivos*, estudio sobre los movimientos sociales de sociedades precapitalistas, que tendrá buena acogida entre sociólogos e historiadores norteamericanos, pero también en algunos países europeos. En 1962 publica *La era de la revolución*. En la década del sesenta Hobsbawm cumple su deseo de conocer de cerca algunas sociedades del Norte de África y de América Latina.

El sentimiento antiimperialista lo impulsa a viajar a países como Argentina, Brasil, Chile, Perú, Bolivia y Colombia. Hobsbawm no hace parte de la generación del sesenta pero eso no le impide tratar de comprenderla. Concluye diciendo que su mirada de los años sesenta es la de alguien que no ha usado pantalones vaqueros.

El profesor del Birkbeck College se siente bien en New York, en donde, desde 1984, ha tenido a su cargo algunas clases unos meses cada año en la New School Research. Aprecia el ambiente intelectual de esta ciudad porque no está dominado por el mundo académico. Su pasión por el Jazz le ha ayudado a moverse por Estados Unidos y le ha permitido acceder a ambientes impensables para un académico. Sin embargo, no duda en aclarar que sus simpatías por New York no significan que se sienta identificado con Norteamérica. Señala que el gran poder económico y político de Estados Unidos ha hecho posible que esa nación se haya dado el lujo de tener gobiernos mediocres en los últimos años.

Todo va bien en la lectura de las memorias, hasta que el lector se encuentra con el capítulo destinado a contar el tipo de contactos que Hobsbawm ha tenido con los países de las *culturas no blancas*, con el mundo de los países pobres. En ese punto, el lector que hace parte del que Hobsbawm llama el *Tercer Mundo* no puede dejar de sentir cierta incomodidad al verse dibujado en las memorias de un historiador que se siente del *Primer Mundo*. Estos conceptos, acuñados en la época de la Guerra Fría, en la pluma de un historiador de su trayectoria, suenan extraños. El lenguaje es un arma importante y los historiadores deberían ser más cuidadosos cuando la usan. *Primer Mundo* y *Tercer Mundo* se han convertido en expresiones fáciles, de esas que flotan en el ambiente, tan comunes que parecen neutras. Pero continuemos. El *Tercer Mundo* sorprende a Hobsbawm en 1960 con las demostraciones de independencia de los pueblos de Vietnam y de Cuba. El historiador británico define a América Latina como un laboratorio del cambio histórico, como un continente creado para socavar las verdades convencionales,



revelan cómo la modernidad bloqueó el acceso de las mujeres a los derechos individuales civiles y políticos, redefiniendo históricamente la subordinación desde diferencias sexuales, en una renovada visión del maternalismo, y la desigualdad se encaminó en un discurso de igualdad, siendo la mujer relegada a esfera privada / doméstica, alejada de lo público y la política.

Tras las teorías del triunfo del patriarcado, aparecen en las teorías feministas que conceptualizaron el sexo como relación social y económica sin dimensión política, para surgir finalmente el concepto de género que distinguió la dimensión biológica de la cultural. En este último segmento historiográfico se desarrollaron dos enfoques en la historia feminista, el primero que enfatiza “la subordinación femenina desde las relaciones sociales que giran en torno a la producción y la reproducción, y el que mira el género en la historia desde la conceptualización que cada época histórica y cada cultura hace la diferencia sexual, y desde la dinámica política que se le imprime”.<sup>2</sup>

Para mostrar los mecanismos que establecieron los movimientos de mujeres en América latina y su participación política, la autora inicialmente indica cómo los movimientos feministas, de primera ola o sufragistas, fueron el primer paso en la construcción de las mujeres como sujetos políticos; mientras que los movimientos de la segunda ola, en los años setenta, identificaron “la vida privada como un campo importante de subordinación y de significación de género”, abriendo la participación plena y activa de las mujeres. En un tercer momento, en los ochenta la mujer encajaría en las discusiones del desarrollo construyendo organizaciones no gubernamentales y asumiendo el género en el desarrollo para finalmente en los noventa, plantearse crítico frente a la globalización. “En resumen, se puede decir que los movimientos feministas, que llevan en escena un siglo, son los sujetos críticos de la desigualdad entre los roles sociales, de los significados de género, el

maternalismo y el sistema patriarcal general”.<sup>3</sup>

En América Latina la mujer se ha hecho sujeto desde su participación en los distintos movimientos que tienen existencia hoy. El primero es movimiento por la supervivencia, en el que la mujer enfrenta la marginalidad y la crisis económica (Clubes de Madres, Centro de Madres, Madres Comunitarias). Una segunda forma de expresión de las mujeres como sujetos políticos, es vista por la autoorganización en los movimientos de madres contra la violencia, que tienen un contenido tanto ético como político, movimientos que como el anterior, se sustentan en la maternidad, convirtiéndose en resistencia y rompe con la separación del espacio privado y el espacio público y político. Tipificación que es ejemplarizada en varios países latinoamericanos.

Desde el estudio de los movimientos femeninos, Lola G. Luna propone la renovación del quehacer histórico, el cual debe pasar por conceptualizar la relación de las mujeres con la política, asumiendo estas como actores sociales reales que se expresan en movimientos sociales que tienen significados políticos y pueden

<sup>2</sup> Pág. 41.

<sup>3</sup> Pág. 75.

<sup>4</sup> El género como un significante de poder remitiría a formas de pensamiento, comprensión del mundo y al lugar que en él ocupa, en tal sentido, el maternalismo sería una construcción de género establecida desde la diferencia sexual con un contexto de poder que ha situado a la mujer por su capacidad reproductiva por encima de cualquier función social. Véase el último artículo que compone este libro ofrece una puesta en escena de las concepciones de la autora, reproduciendo una ponencia de 1997 que trata de analizar cómo el discurso gaitanista contiene aspectos políticos que tienen que ver con la diferencia sexual con al adquisición de los derechos de ciudadanía por parte de las mujeres, y cómo, pese a que el discurso de Gaitán contribuyó a la visibilidad femenina, este no dejó de asignar a estas un papel secundario en el movimiento gaitanista y relacionado con la función maternal o doméstica.

estudiarse desde la Historia política. Así, los movimientos de mujeres serían estudiados desde su significación y representación en la exclusión, que para el caso de América Latina lo concreta en un vistazo desde la Colonia hasta los desarrollos populistas, para enfatizar los años 70 y 80s, para finalmente sintetizar que el siglo XX institucionalizó un discurso maternalista<sup>4</sup> que contiene una simbología que mezcla el reconocimiento y la influencia, pero que excluye de la participación política, dando lugar al surgimiento de movimientos feministas, inicialmente por el derecho al voto y posteriormente como sujetos autónomos.

Desde la década del setenta, la renovación de la historia tradicional frente a temáticas, metodologías y sujetos, favoreció una aproximación a la invisibilidad de las mujeres en la historiografía, insertándose en preocupaciones de la historia política actual, ya que las grandes transformaciones en las vidas de las mujeres han sido contemporáneas, y su importancia radica en que los movimientos sociales de mujeres aportan a la cultura política "porque implican una revisión radical de los valores, creencias e ideologías dominantes, además de ser una expresión importante de formas de sociabilidad política",<sup>5</sup> y como fenómeno de larga y mediana duración posibilita una interpretación de sus formas de hacer política.

Definido el enfoque del género como un enfoque político por sus significados, la autora trata de contextualizar los debates sobre una historia política renovada, apoyándose en la apertura de miradas, metodologías diversas, para pasar a establecer que "la diferencia sexual se convirtió históricamente en un sistema que ha producido significados específicos (lo

masculino y lo femenino), y representa un elemento a historiar en sus consecuencias, el género; las formas de hacerlo indudablemente son diversas. La idea de articular el género como expresión política de la diferencia sexual, pasa por un análisis simbólico y de significación a través del lenguaje, para buscar una explicación a cómo y por qué se produjo la subordinación femenina y cómo esta se hizo natural a lo largo de los siglos. Tema que la historiografía social y económica, pese al avance que significa el que hayan incluido a la mujer como sujeto político, no alcanza a explicar.

La renovación historiográfica, en especial de la nueva historia política, ha permitido que autores como María Fernanda G de los Arcos, Carlos Miguel Ortiz, Medófilo Medina, Jorge Orlando Melo, intenten introducir a la mujer en las grandes corrientes historiográficas, dando piso a la doble consignación de la mujer en la literatura histórica: por un lado como vertiente historiográfica propia y del otro, como participe y aspirante de las grandes corrientes historiográficas.<sup>6</sup>

La nueva historia política ha incluido además de temas relacionados con sujetos femeninos, conceptos de génesis política, de historiografía de las mujeres como la diferencia sexual y el género; y pese a que los géneros son una construcción social en un contexto histórico determinado, que evidencia la diferencia sexual, no implican desigualdad aunque se utilicen para justificarla. "Dicho de otra manera, el género es "el discurso de la diferencia sexual".<sup>7</sup> Citando a la autora de manera conclusiva: "Si el género es una construcción histórica y discursiva es factible de transformación; sus significados y sus códigos, producidos por relaciones de poder, pueden ser objeto de deconstrucción en la lucha política y social",<sup>8</sup> y el reconocimiento de la mujer como sujeto a historiar, "conduce a replanteamientos teóricos en las ciencias sociales y en la ciencia política, y al nacimiento de nuevos conceptos teóricos para poder explicarlas desde la historia"<sup>9</sup>

<sup>5</sup> Pág. 15

<sup>6</sup> Los temas a investigar en la historia política de las mujeres son: a) generales que tienen relación con el poder, la participación, las instituciones, el estado y el sistema político en general; b) tema específico como la exclusión del ejercicio de derechos ciudadanos y su inclusión por cualidades diferentes a las masculinas (madres), c) también específico, la igualdad.

<sup>7</sup> Pág. 22

<sup>8</sup> Pág. 83

<sup>9</sup> Pág. 83-84

Fabiola Estrada Herrera  
Profesora, Universidad Autónoma de  
Colombia